

## Huéspedes ilustres

Llegaron los assembleístas que asisten a la XVIII Conferencia Nacional del Turismo. Este año, han designado a nuestra ciudad, como lugar de clausura de la citada asamblea, después de unos días de intenso trabajo en diversos lugares de la provincia.

ANCORA saluda cordialmente a los Srs. assembleístas, deseándoles una agradable estancia en la ciudad, a la par que se siente conmovida ante la deferencia a los guixolenses otorgada.

Como recuerdo, traje de Londres una diminuta carroza, copia del coche que, hace ya doscientos años, utilizan los sobera-

# ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS

25 DE JUNIO DE 1953

## Una miniatura, una evocación

por L. D'ANDRAITX

nos ingleses en el cortejo de la Coronación.

Al mirar esa bella miniatura, revivo el magno y soberbio espectáculo, que contemplé durante mi estancia en la capital de Inglaterra. Tan bello todo que, más que realidad, parecía un cuento de hadas, un sueño....

Regina Elizabetha era el hada misma. Cuando bajó de su coche de oro, tirado por ocho caballos roanos, al llegar a la Abadía de Westminster, era un hiriente rayo de luna, un albo y quebradizo suspiro. Vestida de sotén blanco, el breve corpiño cubierto por millares de perlas-prisioneras entre hilos de oro y plata, la falda prodigiosamente bordada con todos los emblemas de los condados y dominios: la hoja de roble de Inglaterra, El cardo de Escocia, el trébol de Irlanda, el puerro de Gales, la rosa de los Tudor, el arco de Canadá, el helecho de Nueva Zelanda, la mimosa de Australia, la protea de Africa, la espiga de trigo del Pakistán, la flor de loto de la India.... Para cada color una gema, para cada emblema un estilizado dibujo....

Y, allí, como un milagro, reverdecieron viejos ritos, historia y leyenda, signos y símbolos, tradición. En la Abadía, la más alta dama de la Comunidad Británica es recibida por las más altas Jerarquías de la Iglesia Anglicana. Al poco, el Arzobispo de Canterbury la presenta al pueblo, a los cuatro puntos cardinales como la Reina incuestionable, destinada; e inquiera su reconocimiento, la aceptación de todos. Elizabetha, graciosamente, se inclina al norte, al sur, al este y al oeste. Después le es presentada la Biblia; presta juramento de hacer cumplir y respetar tradición y leyes de cada uno de sus pueblos, de defender la Iglesia.

Humanamente es ya una Reina; ha sido reconocida y acep-

tada, ella ha prestado también su juramento; pero falta aún el alado gesto, misterioso y sublime de presentarla a Dios, la unción.

El origen del rito de la unción se pierde en la noche del tiempo; el mismo rito por el cual Saúl, David, Salomón, establecieron un puente entre el cielo y la tierra.

Elizabetha, en ese minuto, que no registró la televisión, que no recogieron las cámaras fotográficas, retrocede hacia el pasado y pronuncia el futuro. Ella es Salomón en Jerusalem, San Luis en Chartres, San Eduardo, su propio padre Jorge VI, dentro de la misma Abadía, y encarna el sino de su hijo, el príncipe Carlos, duque de Cornwall.

Cuatro Caballeros de la Orden de la Jarretera, sosteniendo el tálamo, recataron el augusto instante y al previa desnudez de la Reina de toda gala y adorno. Sin joyas, sólo con una túnica blanca, «columbia sindonis», humilde y sencilla como un niño del coro, escucha Elizabetha las voces que cantan: «Ladock, el sacerdote, y Natán el profeta, han ungido y bendecido al Rey Salomón, y todos los pueblos se estremecieron de gozo».

Ruega el Arzobispo: «Que sean ungidas tus manos, tu frente, tu pecho, como fueron ungidos los reyes, los sacerdotes y los profetas».

Y luego, ya a la vista de todos y a los ojos de todas las cámaras, va entregando Monseñar a la Reina todos los atributos de la realeza; al fin coloca el Arzobispo la vieja corona de San Eduardo sobre la ungida cabeza.

«¡Dios te da esta corona de gloria!»

Cinco libras de diamantes, cinco continentes, trescientos millones de hombres, gravitan sobre las sienas de la joven Reina.

Los cañones lanzan sus salvas, suenan las campanas de West-

## Triste presagio

*La tenaz intransigencia de unos pocos y la indiferencia de otros muchos, pueden dar el traste con las tradicionales fiestas de barrio de la Octava de Corpus.*

*Sería muy de lamentar el que fuera nuestra época quien diera la espalda a esta tradición, que durante muchos y muchos años tan cuidadosamente cultivaron nuestros abuelos.*

*Una vez al año, la Sardana viene a nosotros con el ropaje de los humildes, buscando el calor de sus entusiastas y admiradores, mas estos parece como si empezaran a encontrar un desamor muy a tono con estos tiempos. La cerrada intransigencia de unos contados y la posición escurridiza de unos muchos, van haciendo imposible, cada año más, la celebración de esta octava.*

*Es el término medio que se nos va escapando de las manos, poco a poco, en todos los órdenes. Es este pensar en que ya saldrá la protección paternal que cuidará de cargar con otra preocupación más, librándose así a nosotros de algo que creemos empieza a ser insubstancial y que por lo tanto ya puede desaparecer.*

*Triste pensar si así fuera, porque sería ello el desprendernos de una prenda que nos ayuda a distinguirnos de entre los pueblos cultos y de tradición. Y ya se puede dar por seguro que nosotros mismos seríamos los primeros en lamentar esta pérdida, llevada a cabo con unas incomprensibles intransigencia e indiferencia.*

Interino

minster, canta el coro: «¡Dios salve a la Reina!»

Uno a uno, todos los asistentes, personalmente o representados, le rinden su devoto homenaje.

La ceremonia ha terminado. Después de un ligero refrigerio en los salones de la Abadía, volverá a salir el cortejo camino de Palacio. En su carroza de oro, tirada por ocho caballos roanos, recoge Elizabetha II las delirantes ovaciones de su pueblo amante y amado, a su paso por las calles.

El escritor, desde aquí, tan lejos de aquel escenario, al mirar su miniatura, cree, en realidad, haber soñado.

HECHO EN LA TOMA

## EXAMENES

Cada año, por estas fechas, padecemos, alumnos y profesores, padres e hijos, el sarampión de los exámenes.

¿Cuánto tiempo hace, lector adulto, que no se ha examinado Vd.? No importa: piense que, en rigor, los exámenes escolares no nos abandonan jamás: cuando somos jóvenes porque los sufrimos directamente; cuando mayores, porque son nuestros hijos los llamados a ellos, y cuando viejos, los sufrimos en la persona de nuestros nietos.

«Me acuerdo de una vez, cuando me examinaba de Técnica Agrícola. ¿Cuánto fué eso? Aguarda, debió de ser hacia Junio. Recuerdo que compré un helado... Sí, si precisamente se había examinado de ingreso mi niña...»

La época de los exámenes trae siempre un recuerdo, entre dulce y turbio, de primaveras remotas, de jardines y parques, de las primeras novias adolescentes, de correrías y juegos infantiles, con el ardor del Junio pegado a la garganta y tirando de todo nuestro ser hacia afuera...

Son también para el profesorado, estos días, un completo examen de conciencia: cada maestro teme que su magisterio, a la vista del resultado arrojado por los exámenes, haya flaqueado en alguna ocasión: porque, aunque fragmentariamente, algo refleja, un examen. Y, entre líneas de las preguntas áridas, en las pausas de palabra a palabra que el examinador pronuncia, debieran los alumnos intuir algo más que el tono científico: está el otro diapason, el del afecto que, quierase o no, se pone en los alumnos. Aun en el examen más reseco y duro, el docente mira al alumno como el ave madura al pequeño que abandona por vez primera el nido, en la imagen repetida desde Ovidio a Chateaubriand: «Anda, lánzate a volar, que aquí estoy yo...»

Pero el alumno es otro ser; no pertenece al grado ni a la escala del profesor. En tanto alumno, otro mundo lo reclama. Y no sabrá, hasta mucho más tarde, comprender lo que la mirada aparentemente fría del maestro le decía, le gritaba casi, de comprensión y afecto. Hasta mucho más tarde, cuando haya conocido las singladuras múltiples de la vida, cuando tenga hijos propios, sobre quienes ejercer un constante magisterio, un ineludible examen.

Mas; cuando en el pozo de su conciencia tenga que calificar a sus hijos por sus aptitudes ante la vida, por su valor, por su caridad, por su bondad y su energía, el examen puede hacerse tortura, padecimiento, desgarró, si sus hijos no presentan aptitudes o las tienen en débil grado... Cuando esa verdad aparezca ante el padre examinador, verá este con toda claridad lo que sus profesores, allá en su juventud, debieron de padecer interiormente al tener que calificarle a él, es decir, traducir en cifras su estimación científica y humana. Y entenderá la parte de padre y de madre que había en cada uno de sus maestros.

Que no es sin pena que escuchamos el alegre disparate que atenta a la ciencia. Que no sin angustia comprobamos que el examinando no comulga con nosotros, en la afición, en el dulce desvelo del estudio.

Pero el estudiante es de otro mundo, no del nuestro. Solo comprende cuando ha dejado de ser estudiante.

Tal vez el hombre, en suma, entiende solamente la vida cuando está consumiéndose sus últimos segundos, en aquel tremendo y lucido repaso exhaustivo, antes de presentarse al Examen de revalida final. J. V. A.

## Liceo Abad Sunyer

CLASES DE VERANO

Apertura, día 1 de Julio

Asignaturas de Facultad.

Bachillerato. Comercio.

Cultura General. Idiomas

IFORMES: Calle Cruz, 31  
Calle Goula, 3